

# El lector asiste a mil mentiras, embustes y engaños

Viene de la página anterior

A nuestro hombre lo envía a investigar su jefe Hackett (seguro que sale en novelas posteriores si las hubiere) desde la capital con la poca oculta esperanza de que dé pronto carpetazo al asunto y le eche tierra encima, pues el poder de la iglesia católica irlandesa es tal que bien conviene dejarlo todo como un tropezón del cura en las escaleras. Nada de escándalos. De hecho, el capítulo 19 (espléndido) lo protagoniza el temible arzobispo McQuaid, sutil amenazador y siniestro individuo, prudente cínico (cita a Eliot como advertencia: "Los hombres no soportan demasiada realidad"). ¿Su poder?: "Si su excelencia reverendísima el doctor McQuaid decía que el padre Lawless se había apuñalado a sí mismo en el cuello por accidente y luego se había cortado los genitales, eso era lo que había ocurrido y a la gente no se le permitiría saber otra cosa", se dice. Strafford se aloja en una pensión cercana a la casa que no dejará de merodear, ayudado en sus obstaculizadas pesquisas por el oficial Jenkins (que no saldrá en otras novelas de la serie si las hubiere). Se irá entrevistando con la desvaída y segunda esposa del coronel Osborne (la primera se desnucó cayendo también por unas escaleras), con la inasible Lettie, con Peggy, con el bruto Fonse, con los petimetres..., con toda una galería de actores que darán cuerpo y acaso solución a la trama. Y el lector asistirá a mil mentiras, embustes y engaños, y hasta a un escabroso Capítulo 11 de corte faulkneriano, muy tipo **Santuario**.

Si el novelista despliega sin prisa un argumento policiaco suelen agradecerlo sus lectores. Pero si escribe sin nada de prisa - sin absolutamente nada de prisa, machacando en lo ya dicho sin que ello aporte nuevo sentido o siquiera más sentido- puede aburrir. (Otra vez más prejuicios míos: queremos tanto a Black...). El estilo acierta, hay mucho oficio detrás. Por ejemplo, se cierra con una imagen plena un pasaje: "Parecía tan pequeña y frágil debajo de la enorme araña que colgaba sobre ella como una lluvia congelada de carámbanos". Por ejemplo, salta una prosopopeya brillante: "Los libros aguardaban hombro con hombro con una actitud de resentimiento mudo". Por ejemplo, salta un símil hartamente llamativo: "Como la leche desnatada cuando se mezcla con una gota de sangre". Y se gana altura estilística en los tremendos pasajes de terror sexual mezclados con fetichismo religioso: "¿Cómo describir la ternura angustiada que sentí por él, a la luz vespertina de la sacristía, entre los olores de las sagradas vestiduras, de la cera de las velas, de las obleas de la comunión? ¿Cómo decir lo bella que es la imagen de un niño inclinado hacia delante, con las piernas temblorosas, el rostro apretado contra un montón de vestiduras y las dos manos en alto, agarradas a la tela bordada, soltando pequeños gemidos y estremeciéndose de pies a cabeza cada vez que yo le embestía, una y otra vez, con los ojos fijos en su nuca y las manos alrededor de su pecho, acariciándole, sosteniéndole, sujetándole contra mí, esa criatura". ¿Por qué, entonces, habré notado tantos puntos muertos (o ciegos) en el desarrollo de la trama?. Repito: prejuicios míos.

# P PENSAMIENTO



Raymond Aron.

## Un liberal irreductible

### Raymond Aron y su defensa de la política en Democracia y totalitarismo

ÓSCAR R. BUZNEGO

El sociólogo y político alemán **Ralf Dahrendorf** publicó en 2006, tres años antes de su fallecimiento, un emotivo libro titulado **La libertad a prueba**, con el que quiso homenajear a los intelectuales que durante el siglo XX hicieron frente a la tentación totalitaria. Para él constituía todo un enigma el hecho de que muchos otros en su país hubieran sucumbido al nacional-socialismo. Deseaba por ello proclamar su admiración hacia aquellos hombres públicos apasionados de la razón, forjados en la disciplina del compromiso, dispuestos a mantener sus ideas aún quedándose solos y a convivir con las contradicciones de la naturaleza humana y los conflictos de la vida social. Dahrendorf apreció en su conducta una práctica ejemplar de las virtudes liberales de las que consideraba el gran precursor a **Erasmus de Rotterdam**. De manera que decidió referirse a ellos con el apelativo de "los erasmistas". De una larga lista, en el citado libro destaca a los tres autores que mejor han representado el espíritu liberal en Europa: **Karl Popper**, **Isaiah Berlin** y **Raymond Aron**. Los tres eran judíos, antifascistas igual que anticomunistas, celosos de su independencia, y compartían la vocación de decir lo que pensaban. No formaron parte de ningún grupo o capilla, tampoco crearon escuela, pero su influencia en el mercado de las ideas fue creciendo hasta que sus obras acabaron convirtiéndose en punto de referencia del debate intelectual de una época.

Raymond Aron se definió como un escritor político. En cierta ocasión afirmó: "Yo no escribo para estar de moda, ni para ser inciensado. No hago concesiones, y escribo para decir lo que considero que es la verdad". Estudiaba filosofía y sociología en Alemania cuando **Hitler** llegó al poder. De vuelta a Francia, tras una breve militancia socialista, y después de colaborar muy activamente en varias publicaciones periódicas, optó por dedicarse a la docencia en la universidad. Su vida como profesor y publicista se desarrolló en un ambiente tremendamente hostil, dominado por el marxismo dogmático de **Sartre**, compañero de estudios en la juventud y luego acérrimo rival político. Aron denunció a los popes marxistas en **El opio de los intelectuales**, un libro que le dio fama y protagonismo en la contienda ideológica, pero sintió una especie de atracción fatal por el marxismo original, el de **Marx**, y lo destripó en una voluminosa monografía, una de sus últimas obras. El reconocimiento público en Francia le llegó al final y con reparos. Los 28.000 ejemplares de la primera edición de sus **Memorias**, el relato de una vida llena de sabiduría política, considerado por algunos su mejor trabajo, se agotaron en la primera semana a la venta.

Aunque sus primeras traducciones al español datan de los últimos años cincuenta y el grueso de su producción está publicado en España, además de tener distinguidos alumnos españoles y haber publicado artículos en el **ABC**, el interés de Aron por nuestro país se limitó a la lectu-

ra de *La rebelión de las masas* de Ortega y Gasset y a una referencia ocasional al franquismo como “una excepción en el curso general de la evolución política de Europa”, en tanto que el interés por Aron entre nosotros, también escaso, se hizo esperar y ha crecido lentamente. En 1966, Seix Barral publicó la primera edición de *Democracia y totalitarismo*, que ahora reaparece en una traducción nueva. Se trata de la transcripción de un curso impartido en La Sorbona en los años 1957 y siguiente. Era el tercero de una serie de cuatro cursos en los que se propuso completar un análisis sociológico de la sociedad industrial. Aron canceló la edición del cuarto, que había dedicado a lo que entonces se conocía por Tercer Mundo, según explica él mismo en sus *Memorias*, un detalle que le pasó desapercibido a Vargas Llosa, que en un reciente ensayo publicado en Letras Libres reprocha a su viejo amigo un desdén olímpico por los países menos desarrollados.

En cierto modo, Aron dibujó con trazo firme el mapa cognitivo de la guerra fría. Estableció con claridad la diferencia entre los regímenes democráticos, en los que una diversidad de partidos compite pacíficamente por el poder, y los totalitarios, sometidos al monopolio de un solo partido. Pero lejos de pintar el mundo en blanco y negro, postuló la complejidad de las formas políticas, y así abordó las imperfecciones de las democracias, empezando por la francesa, y perfiló una tercera categoría de regímenes, ni democráticos ni totalitarios, de la que en el libro menciona como botón de muestra la dictadura de Franco. Sus análisis anteceden a los que se hacen hoy para clasificar las democracias de más a menos democráticas y señalar a las democracias que despiertan dudas o han dejado de serlo, como la rusa, la venezolana o la turca.

A partir de la simple distinción entre democracias y totalitarismos, Aron formula las preguntas más acuciantes, sobre la condición oligárquica de la democracia, el carácter inevitable de la corrupción o las diferencias entre el fascismo y el comunismo, a las que va dando metódicamente respuesta, dejando constancia de sus dotes para la discusión racional y su buen juicio. Pero hay una cuestión que expone de manera antológica en las primeras lecciones y está presente en todo el libro, la primacía y la importancia de la política, que tiene como las anteriores una vigencia imperecedera. Aunque entendía que el meollo de la política estaba en la adopción de decisiones responsables, Aron demostró a lo largo de su vida que es posible dedicarse a la política de forma muy productiva y útil sin necesidad de convertirse en un político.



### Democracia y totalitarismo

Raymond Aron

Página Indómita, Barcelona, 2017,

380 páginas, 24,90 euros

# Estrategias políticas de “horror vacui”

En nuestro siglo “líquido”, Zigmunt Bauman reflexiona sobre el presente mirando al pasado utópico en busca de un futuro mejor

SILVERIO SÁNCHEZ  
CORREDERA

Lo primero que el lector quiere saber al leer este libro es qué es eso de “retrotopía”. La alusión que encontramos en una de sus páginas da una idea: “Cinco siglos después de que Tomás Moro iniciara una andadura moderna hacia Utopía, surgen hoy mundos ideales ubicados en un pasado perdido/robado/abandonado que se han resistido a morir, son las retrotopías”, pero la aspiración a comprender mejor este concepto persiste.

Por eso, a medida que se avanza en la lectura, se puede ir teniendo la impresión de que se trata de algo parecido al “horror vacui”. La antigua física aristotélica establecía que no existía el vacío pero que, cuando su aparición amenazaba, la naturaleza reaccionaba para evitarlo en lo que denominaron “horror vacui”. Después, este criterio de horror al vacío, se aplicará con mucha fortuna en el arte.

Zigmunt Bauman ha constatado en la actualidad algunas grandes estrategias políticas de huida, ante vacíos o condiciones asfixiantes. Cuando se hace difícil seguir proclamando políticamente la idea de progreso, la huida típica en la que estaríamos ahora nos devolvería a utopías del pasado, siempre incumplidas. Como esto no consuela, es preciso seguir entendiendo qué pasa. A este esfuerzo por comprender lo ha llamado el filósofo de la modernidad líquida “retrotopía”.

La obra contiene cuatro grandes diagnósticos retrotópicos. Uno de ellos, el fracaso del Estado, Leviatán, en quien se había delegado una función protectora basada en la legalidad. Como las utopías se han desgastado, parece, y el futuro está dejando de merecerse en un progreso prometido, Bauman, en esta su última obra publicada posterior a su muerte (9 de enero de 2017), intenta entender la senda de corrupción y degeneración en la que nos hallamos, cuando el futuro se esboza como posibilidad de perder el empleo, el estatus social, el hogar... y cuando parece segura la pérdida del nivel de bienestar actual en las décadas inmediatas.

Quienes viven en una “sociedad sólida” se hallan seguros, pero hay quienes viven en la incertidumbre y en una movilidad perpetua, se trata de la “sociedad líquida”. De este modo, el filósofo vuelve al centro de su preocupación habitual y nos propone reflexionar sobre los desmanes de lo líquido en un tiempo en el que la mayoría de la población de los países ricos piensa que sus hijos serán más pobres que ellos mismos y en un contexto general donde los “residuos humanos” son algo común.

Ahora el poder se ha emancipado del territorio y la guerra de los estados se ha convertido en una guerra “líquida”, merced al comercio global de armas, ampliamente disponibles y sen-



Zigmunt Bauman.



### Retrotopía

Zigmunt Bauman

Editorial Paidós, Barcelona, 2017,

172 páginas, 15,95 euros

cillas de ocultar. La preocupación política parece puesta exclusivamente en el control de armas de destrucción masiva, mientras las armas convencionales, también letales, se compran en un vacío legal y moral y estando los máximos intereses de ese comercio en manos de los cinco miembros permanentes (con derecho de veto) del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas (Estados Unidos, Reino Unido, Francia, Rusia y China), que es el organismo que se ha dado como función la paz internacional. Este asunto y otros más analizados, contienen una reflexión general conducente a esta cues-

tión: ¿qué le ha pasado al Estado protector ideado por Hobbes, que debía evitar la guerra de todos contra todos, para haber errado tanto y tan profundamente? ¿Será por el divorcio entre el poder y la política? En todo caso, lo que sí es seguro es que hay unos espacios de responsabilidad política que no se cumplen y, en ese sentido, nuestro premio Príncipe de Asturias introduce una segunda reflexión retrotópica: la vuelta a las tribus, a la proliferación de grupos que se organizan frente a los extranjeros para defender sus derechos, otro signo de la modernidad líquida.

En la actualidad se acepta como necesaria la desigualdad. Con todo, voces alternativas buscan salida al problema. ¿Hay que asumir el imperio de la desigualdad, que ochenta y cinco potentados posean lo mismo que la mitad de la humanidad pobre? Diversos autores, como Rutter Bregman, Philippe van Parijs, Daniel Raventós o Claus Offe, han planteado hipótesis de una reorganización económica valiente, la renta básica universal, que con diversos matices algunos economistas ven como una de las salidas más realistas y plausibles, por más que una gran parte de la opinión pública sea reacia a ella. Este es otro de los problemas que Bauman sondea en uno de sus capítulos.

Le llega el turno también al papel desestabilizador que las modernas reivindicaciones nacionalistas introducen en las actuales condiciones de interdependencia planetaria. ¿No es demagógico postular la vuelta al individuo, a la tribu o a la pequeña nación salvífica, en un mundo en el que se quiere hacer pensar que defendiendo las culturas regionales nos prepararemos mejor para el conflicto de intereses internacionales, sugiriendo así que son problemas culturales, de idiomas o religiones, los que gobiernan el mundo? ¿Se trata de ese mismo mundo que cada vez más muestra que sus resortes elementales y finales son económicos?

Este tipo de reflexiones que encontramos en *Retrotopía* a mitad de camino entre la sociología, la teoría política y la filosofía de la historia son bienvenidos, sobre todo porque ponen el dedo en la llaga de problemas que se pretenden presentar como irresolubles. ¿Pero estas denuncias no se dispersan en un mar de alertas inabarcables, que en el fondo confiesan no disponer de un modelo integrado y creíble para encarar el futuro con esperanza? Por eso, las últimas palabras de Bauman no pueden sino ser una reflexión bienintencionada más, en esa larga fila de buenas intenciones con las que empedrar el infierno: “Los habitantes humanos de la Tierra nos encontramos (más que nunca antes en la historia) en una situación de verdadera disyuntiva: o unimos nuestras manos, o nos unimos a la comitiva fúnebre de nuestro propio entierro en una misma y colosal fosa común”.